

EL VOLCÁN

Ana Belén Hormiga Amador

Secretos que pican

Ilustraciones
de Fran Collado

ANAYA



*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Ana Belén Hormiga Amador, 2019
© De las ilustraciones: Fran Collado, 2019
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, febrero 2019

ISBN: 978-84-698-4833-3
Depósito legal: M-38816-2018
Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española* publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

EL VOLCÁN

Ana Belén Hormiga Amador

Secretos que pican

Ilustraciones
de Fran Collado

ANAYA



*Para mis hormigas:
Ana, Javier, Jaime y María,
que llenan nuestro hormiguero con risas, gritos,
carreras y un reguero de miguitas
que me permite localizarlos.*

1

ACUÉRDATE DE MASTICAR, SI NO TE QUIERES ATRAGANTAR

Recuerdo el día perfectamente. Todavía no habían empezado las clases. Por eso habíamos quedado con Marga y su madre para ir al cine por la tarde. Marga tiene mi edad, es rubia y lleva ortodoncia. Cuando sonrío, le brillan los aparatos como si tuviera el arco iris dentro de la boca.

A mí no me gusta Marga. Lo que sucede es que me cae bien. Por eso contaba con impaciencia las horas que faltaban para encontrarme con ella, porque no la veía desde el día anterior.

Mi abuela me llamó para almorzar. Todo iba bien hasta que me dijo:

—Si quieres ir al cine, tienes que comértelo todo. —Y puso delante de mí un

plato de rancho tan grande como la rueda de una camioneta. Lo había preparado mi hermana Rocío. Era la primera vez que cocinaba.

Miré la comida asombrado. Tendría que hacer un gran esfuerzo porque la ración era enorme. Probé con la punta de la lengua y estaba asqueroso.

8 ¿Te gusta el rancho? Es parecido al potaje, pero si probaras el que hizo mi hermana te asustarías. Era una especie de agua sucia en la que flotaban garbanzos, zanahorias, un trozo de tocino, algunas papas, un muslo de pollo... Tenía hasta fideos gordos y resbaladizos que parecían gusanos.

No sabía cómo lograría zamparme aquello. Solo tenía clara una cosa: quería ver a Marga y mi abuela no me dejaría salir de la cocina hasta que le devolviera el plato vacío y brillante.

Entonces me acordé de que el curso anterior habíamos estudiado el sentido del gusto y pensé: «En la lengua están las papilas gustativas, esos bultitos que nos

permiten captar el sabor de los alimentos. Podré comerme todo el rancho sin notar su repugnante sabor, si me lo trago sin que la lengua lo toque».

En esos momentos mi mayor preocupación era la siguiente: si no me comía el rancho, me castigarían y me prohibirían ir al cine. El problema estaba claro y la solución me pareció sencilla. No es que me esté justificando, solo quiero que entiendas que deseaba ver a Marga con todas mi fuerzas porque llevaba casi veinticuatro horas sin tenerla cerca. Es verdad, actué como un tonto, ahora me doy cuenta, pero no lo soy. Fue la desesperación lo que me hizo comportarme así.

La cosa parecía fácil. Como dije antes, el truco estaba en zamparme el rancho sin que tocara la lengua para no notar el sabor. Si no lo has intentado nunca, te recomiendo que no lo hagas. ¡Hazme caso!

Uno: partí la calabaza en pedazos pequeños. Cogí uno de ellos y lo metí por el lado izquierdo de mi boca. Eché la

lengua hacia el otro y tragué. Por poco me muero atragantado, pero logré, con gran dificultad, que bajara por la garganta.

Dos: hice lo mismo con un trocito de zanahoria. Por suerte, la zanahoria estaba blanda. Aun así, se me saltaron las lágrimas porque ocurrió algo asombroso: cada vez que me la tragaba y parecía que se iba por el tubo digestivo para abajo, la zanahoria volvía a subir y aparecía en mi boca. Así hasta seis veces.

Tres: la cosa se complicó cuando mi abuela comenzó a agobiarme.

—¡Vamos, Tonuco, que estoy esperando que acabes para limpiar la cocina!

Cuatro: llegó el momento de los garbanzos. Los conté y había siete. Ya hacía un rato que estaba sudando, por eso me sequé la frente con una servilleta. Luego, agarré el primer garbanzo con el tenedor (me costó pincharlo porque estaba muy duro), lo introduje en mi boca y me lo comí siguiendo el procedimiento anterior. Horrible. Era como si me hubiera tragado

un boliche. Cogí el segundo..., me vino una arcada y tuve que beberme de un tirón un vaso de agua. Atrapé dos garbanzos más, ya iban cuatro. Y luego cinco con ayuda de otro vaso de agua. No dejaba de sudar. Solo quedaban dos... ¡Qué calor! Me animé a mí mismo y me metí otros dos; no sé cómo lo logré, pero bajaron como si fueran piedras por la garganta.

Cinco: continuaba sudando. Miré el trozo de tocino y creí que no sería capaz, pero pensé en Marga. Eso me dio fuerzas. Por poco me vuelvo a atragantar, aunque logré engullirlo. Afortunadamente ya quedaba menos rancho.

Seis: era el turno del muslito de pollo. Lo observé sin saber si atreverme. El pobre pollo debía ser grandote, porque el trozo era enorme. En ese momento escuché a mi abuela:

—¡Tonuco! ¡Estoy esperando por ti para fregar el suelo!

Mi madre intervino:

—¡Vamos, Tonuco, acaba, que la abuela quiere descansar un rato!

Mi hermana también opinó:

—Tonuco es más lento que el reloj del cuco.

Mi padre:

—¡Venga, hombre!

Mi abuela otra vez:

—Tonuco... ¿Quieres acabar de una vez?

12

Me sentí presionado. No sabía qué hacer. Dudé un momento. Miré el muslo de pollo y me lo metí en la boca con hueso y todo. Se me deformaron los mofletes. Agarré con fuerzas el vaso de agua por si me veía en apuros. Mientras tanto, seguía oyendo a mi abuela que una y otra vez decía:

—¡Acaba, Tonuco! ¡Acaba!

Decidí hacerle caso y tragué. Pero el muslo de pollo se me quedó atascado en la garganta y ni entraba, ni salía. Comencé a asfixiarme, me faltaba el aire.

—¡Socorroooo! —intentaba gritar, pero ningún sonido salía de mi boca—. La carne no baja, no bajjj..., no baajj..., no... bbb...

No podía respirar, tenía el muslo de pollo trabado en la garganta; me moría, no es broma... ¡Necesitaba una ambulancia!

Mi hermana Rocío me miró como si nada ocurriera. Desesperado, le lancé a la cara medio vaso de agua para que se diera cuenta de que necesitaba ayuda. Me miró enfadada. Si no fuera por el apuro en el que me encontraba, me hubiera reído porque le chorreaba el flequillo. En ese momento me gritó histérica:

—¡Tonuco! ¡Mira lo que me has hecho! ¡Me acababa de planchar el pelo!

A mi hermana se le había quedado el fleco más mojado que la cortina de la ducha, pero... ¿era eso más importante que mirarme? ¿Cómo no se daba cuenta de que me estaba muriendo delante de ella? ¿Nadie iba a salvarme la vida?

Intenté que el pollo saliera de mi boca haciendo fuerzas, necesitaba escupirlo. Todos mis esfuerzos resultaron inútiles, mi vida llegaba a su fin... De repente, mi abuela gritó señalándome:

—¡El niño, el niño! ¡Algo le pasa a mi niño!

—¡Tonuco se está poniendo violeta!
—afirmó Rocío, sin soltar la servilleta con la que se estaba secando el pelo.

Todos me miraron en silencio. Nadie se movió hasta que mi abuela pegó un brinco desde el otro lado de la cocina y llegó hasta donde yo estaba.

14

Pero en ese momento a mí ya no me quedaban esperanzas de sobrevivir y mi último pensamiento se lo dediqué a Marga. Me preocupó qué pensaría de mí cuando se enterara de que me había muerto al intentar tragarme el dichoso «muslito» de pollo con hueso y todo. ¿Crearía que soy un animal? ¿Un cenutrio? ¿O le daría pena y lo consideraría una tragedia? Morir por culpa de un pedazo de carne no me hacía gracia, pero mi final se acercaba sin que yo pudiera evitarlo.

Para mi asombro, mi abuela me cogió por los tobillos y me levantó como si estuviera haciendo el pino (solo que no estaba

haciendo el pino, sino muriéndome). Noté que la cocina giraba a mí alrededor, me dolían los tobillos, veía todo al revés... Mi abuela comenzó a sacudirme con tanta fuerza que temí que en cualquier momento me estampara contra el suelo o contra los azulejos de las paredes. Mi cuerpo se balanceaba y todo lo que tenía dentro de los bolsillos salió disparado. Pero seguía sin poder respirar.

—¡Se muere! —gritaba mi madre—. ¡Se muereee!

Mi abuela y mi madre se miraron y sucedió algo increíble. Mi abuela me puso de pie y se colocó detrás de mí. No verla aumentó mi inquietud. ¿No iba a luchar para salvarme la vida? ¿Me daba por perdido? Entonces, cuando menos lo esperaba, noté que me rodeaba con los brazos y metía sus dedos dentro de mi ombligo. Me llevé las manos al cuello para recordarle que el muslito de pollo estaba allí, atascado en mi garganta, no en medio de mi barriga. En ese momento noté su puño sobre mi estómago, comenzó a presionar

cada vez más rápido, como quien toca un tambor animadamente. En ese momento lo tuve claro: si no me moría asfixiado, moriría por los golpitos que me estaba dando. Me pareció que no era la mejor manera de despedirme. Nunca he sido un santo, pero... Cuando pensaba que todo estaba perdido, el muslito de pollo salió a toda velocidad de mi boca, chocó contra la pata de la mesa y desapareció porque el perro se lanzó a por él como cuando le tiramos la pelota en el parque. ¡Estaba vivo! ¡Asombroso! Había sobrevivido, aunque me dolía todo el cuerpo.

Mi madre y mi abuela me abrazaron con lágrimas en los ojos como si hubiera aprobado todo (cosa que por cierto no suele ocurrir). Tenía que aprovechar ese momento romántico para preguntarles algo muy importante para mí:

—¿Puedo ir al cine con Marga?

—Por supuesto, Tonuco —dijo mi abuela mientras se secaba las lágrimas en el delantal.

—¿Y me comprarán cotufas?

—Por supuesto, Tonuco —contestó mi madre.

Mientras todo esto sucedía, mi hermana Rocío nos miraba. Tenía el fleco tieso, porque con el susto se le había secado, y parecía que llevaba pegado a la frente el felpudo viejo del cole.

La vida era bella: estaba vivo, vería a Marga y podría seguir contándote esta historia, aunque la tranquilidad duró poco tiempo.



Índice

CAPÍTULO 1	7
CAPÍTULO 2	18
CAPÍTULO 3	36
CAPÍTULO 4	46
CAPÍTULO 5	54
CAPÍTULO 6	66
CAPÍTULO 7	87
CAPÍTULO 8	102
CAPÍTULO 9	118

CAPÍTULO 10	141
CAPÍTULO 11	154



A partir de 9 años

El mismo día que Tonuco había quedado con Marga para ir al cine, su madre descubre que el niño tiene piojos. Decidirá mantener este problemilla oculto para estar con su amiga, y no dudará en someterse a todo tipo de remedios caseros para quitarse de encima esos molestos bichitos. El problema será que algunos secretos, y en especial los que pican, terminan saliendo a la luz.

ISBN 978-84-698-4833-3

1558045



9 788469 848333